

## Valera, traductor y teórico de la traducción

LEONARDO ROMERO TOBAR, UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

En un siglo, como el ya lejano diecinueve, en el que las letras de España tanto debieron a ese instrumento de mediación cultural en que consiste el traslado de textos escritos en otras lenguas, resulta singularmente significativo que algunos de los que se aplicaran a esa actividad, lo hicieran por motivos harto diversos de los que movían habitualmente los tórculos de las empresas editoras y publicitarias. Este es el caso de Juan Valera (1824-1905) que, si fue posiblemente el más lúcido analista de su tiempo a la hora de establecer la correlación entre ingresos económicos y profesionalización literaria —una penosa carga *malgré lui* del moderno “campo literario” que la industria editorial estaba acotando en la España de su tiempo—, practicó la traducción desde motivaciones íntimas que arraigan en la capa más profunda de su personalidad de artista.<sup>1</sup> Esta será la tesis que intentaré mostrar y demostrar en mi intervención.

Hoy conocemos bastante de lo que fueron las grandes líneas de fuerza en las expectativas culturales de los lectores del XIX, así como de las grandes —y menos grandes— iniciativas editoriales que fueron construyendo el edificio de la edición y la lectura en la España decimonónica. La “nación traducida” que denunciaban los costumbristas de los años románticos<sup>2</sup> tuvo su réplica equivalente en los ambiciosos programas de edición de las más potentes empresas publicísticas de la Restauración: colecciones de libros, revistas de

1 Me refiero a su madrugador artículo periodístico “Del dinero en relación a las costumbres y la inteligencia de los hombres”, publicado en el diario *El Contemporáneo* (22.VI.1865), anterior en varios años al célebre trabajo de Émile Zola (DeCoster 1966: 577-588).

2 La expresión es de Mesonero Romanos en su artículo “Las traducciones” de 1840.

divulgación científica y cultural, diarios y folletos de toda suerte. Los escritores de poca fortuna creativa podían vivir de traducciones, aunque fuese con una precariedad rayana en la mísera bohemia. Recordaba esta situación Leopoldo Alas en uno de sus últimos escritos publicados en vida, el significativo prólogo que acompaña a su traducción de la novela zolesca *Trabajo* de 1901: “Hay que notar que si la remuneración que recibo por este trabajo es muy superior a la ordinaria con que suelen contentarse los traductores anónimos, no llega ni con mucho a recompensar lo que pierdo abandonando mi trabajo de siempre en la prensa, casi por completo, para dar concluida la traducción dentro del plazo angustioso” (cit. por Torres 1984: 250).

Es pertinente hacer notar que junto a esta abundante fábrica de “jornaleros” de las letras —la expresión es también de Leopoldo Alas— marchaban también los escritores que buscaban en sus traducciones finalidades mucho más individualizadas: la búsqueda del género literario que más pudiese convenirles (Mariano José de Larra traduciendo ensayos y vodeviles del francés); la difusión de un escritor imprescindible en otras tradiciones literarias (el Manzoni traducido por Juan Nicasio Gallego, el Heine adaptado por Eulogio Florentino Sanz, el Zola que tradujo y glosó “Clarín” o el Eça de Queiroz trasladado por el joven Ramón Valle...); la difusión de un sistema de pensamiento que disciplinase filosóficamente a los españoles (Julián Sanz del Río traduciendo a Krause del alemán) o la abreviación para el público curioso de las nuevas aportaciones de la ciencia experimental y positiva (recuérdese la infatigable actividad de Genaro Alas, de Rodríguez Carracido y de otros tantos esforzados divulgadores de la ciencia moderna).<sup>3</sup>

Y en el caso de que concedamos a las correspondencias epistolares un grado de sinceridad digno de confianza, las cartas de Valera

3 Formulé un planteamiento general sobre este asunto en el capítulo titulado “El campo de la producción intelectual” de la obra colectiva *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. La tercera parte de este volumen, dirigida por Jean-François Botrel, es de consulta obligada para los cuestiones generales que he enumerado más arriba.

constituyen un fondo riquísimo de asertos relativos a sus planes de traducciones, a los motivos que le empujaban a realizarlas y a los efectos que esperaba de ellas. Abreviaré aquí alusiones a este extraordinario cuerpo de escritos personales de nuestro autor, que el lector puede consultar en los volúmenes de *Correspondencia* que estoy editando, para centrarme fundamentalmente en los escritos públicos del escritor andaluz.

Una cuestión de economía expositiva me aconseja prescindir de las falsas traducciones que don Juan Valera presentó como auténticas. El procedimiento es un componente esencial del sistema literario que conocemos con el nombre de “superchería” que, como es sabido, fue un recurso ampliamente cultivado por los coetáneos de Valera, habida cuenta la habilidad con la que se veían invitados a forzar las fronteras que las censuras de la época levantaban contra el discurso directamente referencial y alusivo y a inventarse “cuentos persas”, “cuentos chinos”, etc., etc. Un artículo de nuestro escritor publicado en *La Malva* de 1859 –es el texto titulado “Literatura arábica”– incluye un romance pretendidamente traducido del árabe por un orientalista, artículo que no es sino una sátira alusiva a la actitud de las potencias europeas en relación con la España victoriosa en el episodio militar africano de aquel mismo año (Valera 1947: 653–654). Idénticas simulaciones se dan en algunos poemas por él editados como lo es el titulado “Romance de la hermosa Catalina”, cuyo origen real aclaró Menéndez Pelayo en las anotaciones que puso a la edición de *Canciones, romances y poemas* de 1885: “En la primera edición tuvo el señor Valera la humorada de llamar a este romance *traducción del portugués*. Es original, sin embargo, y demuestra la singular aptitud de su autor para asimilarse el gusto y estilo de las poesías más diversas. La presente puede rivalizar con las más ingeniosas falsificaciones de la poesía popular hechas por Garret o por Durán” (Valera 1947: 1362a).

## LA COMPETENCIA LINGÜÍSTICA DE VALERA

El ejercicio de traslación literal de la lengua de origen al español fatigosamente, acompañado de las consultas al Taboada o a otros diccionarios bilingües de mayor antigüedad, podía ahorrárselo Valera ya que él era uno de los pocos escritores políglotos españoles de su tiempo. En sus años escolares y de hijo de familia había adquirido soltura en el manejo del francés, del latín y posiblemente del inglés tal como acreditan notas manuscritas conservadas entre los papeles familiares y poemas fechados entre 1840 y 1843 en que citas en exergo de Propercio, Catulo, Horacio, Lamartine y lord Byron se entreveran con intertextualidades procedentes de Garcilaso, fray Luis o Espronceda. Durante los primeros años madrileños debió de iniciarse en el conocimiento del alemán y del italiano ya que, a partir de 1844, sus poemas juveniles insertan homenajes a Schiller, Goethe, Dante y, a partir de su estancia napolitana de 1847 a 1849, recama con soltura versos de Ariosto, Dante, Petrarca o Leopardi en sus propias composiciones hasta el punto que de un soneto escrito en esta etapa biográfica –“Del tierno pecho aquel amor nacido”– afirmó Menéndez Pelayo que “no disonaría entre los mejores del *Cancionero* del Petrarca” (Valera 1947: 1357a). También de esta etapa italiana data su aprendizaje del griego, actividad en la que le introdujo su educadora sentimental Lucia Palladi y Callimachi, marquesa de Bedmar.<sup>4</sup>

Sus destinos diplomáticos en Lisboa y Río de Janeiro debieron suscitar su gran interés por la lengua y la literatura de expresión portuguesa; las posteriores estancias en diversos Estados alemanes y en los Estados Unidos de Norteamérica mejorarían su conocimiento del alemán y del inglés. Desde sus primeras estancias en Alemania deja testimonios epistolares sobre su conocimiento de la lengua germana: referencias a Hegel, a los hermanos Grimm, al Fausto durante su primera estancia diplomática de 1855 en Dresde. Sobre

4 “He compuesto algunos versos a la señora y he estudiado griego por ella, y eso tengo que agradecerle” escribía en carta a su padre de 8.III.1850 (Valera 2003).

el poema de Goethe, por ejemplo, hace el siguiente comentario en carta a Estébanez Calderón: “aún no he ido a ver tragedias ni comedias porque no entiendo la lengua. Esta noche dan el *Fausto*, y acaso vaya, aunque me quede a oscuras, por ver representar un poema tan sublime, cuyo sentido al menos comprenderé por haberle leído en la traducción” (Valera 2002: 305). Pero progresó, y mucho, en la lectura del alemán; las conferencias que dio el curso académico 1877-1878 en la Institución Libre de Enseñanza sobre “Literatura extranjera contemporánea” revelan un conocimiento directo de los autores alemanes más significativos de la segunda mitad del XVIII: Klopstock, Wieland, Lessing, Herder (DeCoster 1965: 219-253; Juretschke 2001).

Breves estancias en lugares poco frecuentados por españoles y las lecturas de textos griegos, árabes o hindúes traducidos al alemán o al inglés enriquecieron también su capacidad de percepción lingüística, una facultad que ostenta cuando incorpora palabras y expresiones de procedencias tan distintas como el ruso –para la caracterización de algún objeto o de usos sociales en el curso de su viaje a San Petersburgo–, el sánscrito, el persa o el árabe –lenguas de las que toma préstamos léxicos para afianzar su probado interés “orientalista”<sup>5</sup>– o el eusquera, lengua a la que saludada en algún veraneo de los años setenta y que, además de servirle para fundamentarse en la teoría vasco-iberista de Humboldt y de Schuharddt, utiliza también para nombrar a personajes de sus ficciones, como Muteder y Echeloría, protagonistas de “El bermejino prehistórico”, o para rotular el poema humorístico “Arcacosúa, poema euscaro, místico y picante”, cuyo título explicita maliciosamente en nota a pie de página anotando que “según la antigua mitología vascuence Arcacosua es la diosa de las pulgas”.

Ahora bien, la exhibición léxica no implica singulares competencias idiomáticas. Y por ello, Valera no simulaba conocer lenguas sobre las que desconocía sus más elementales características; este es

5 En mis ediciones de su última novela, *Morsamor*, he probado el empleo que hace de nombres y textos de la tradición literaria hindú: Urbasi, Veda, apsara, banan, cornaca, gandharva, karma, kerna...

el caso de la lengua árabe en la que estaban escritos los muchos poemas que reprodujo Von Schack en su *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sizilien* (1865, 3 vols.) y que Valera se limitó a trasladar directamente de la versión alemana. En varias ocasiones se había lamentado de la enteca tradición arabista española, singularmente al reseñar trabajos publicados en los años sesenta<sup>6</sup> y en la nota introductoria de su versión a la obra de Von Schack que acabo de citar. Situados en este plano de confesiones sinceras, resulta candorosa y poco explicable en nuestro autor, la afirmación que formula a propósito de su búsqueda de la palabra “Edén” en el primer libro de la *Biblia*: “Un sabio en la (lengua) hebraica nos ha sostenido que en los primeros capítulos de la Biblia (texto hebreo) no se mienta el Edén. Hemos aprendido los caracteres hebraicos; hemos leído y releído los primeros capítulos del Génesis, y hemos hallado la palabra Edén” (Valera 1949: 224b).

El diplomático viajero hablaba y escribía en francés con soltura; en la edición de la *Correspondencia* hemos editado cartas privadas escritas en esta lengua y dirigidas a su cuñado el mariscal duque de Malakoff (Valera 2002: 611-613); también escribía el portugués con soltura –no olvidemos que era la lengua de su familia política– como podemos comprobar en el poema dedicado a la actriz Rosina Stolz o en la traducción del poema calderoniano de Gomes Amorim (DeCoster 1965: 45). Y de su familiaridad con la lengua inglesa nos quedan, además de las adaptaciones de textos poéticos de Byron, el interés que experimentó por los escritores norteamericanos a partir de 1884 a raíz de su estancia diplomática en Washington. Lamentablemente se han perdido, o no llegó a escribir, las páginas que pensaba dedicar a “Emerson o la filosofía americana” (DeCoster 1965: 261-263), si bien se interesó por varios poetas de los que

6 La “Biblioteca Selecta de Autores Antiguos Españoles que escribieron en lengua latina y árabe [...] bajo la dirección de Luis García Sanz” (Valera 1949: 214-216). “Orientales. Colección de Poesías traducidas directamente del arábigo [...] por Pedro Lahitte” (Valera 1949: 224-226). Reseña del discurso de Severo Catalina en su ingreso en la Real Academia Española (DeCoster 1966: 104-114).

trajo composiciones y siguió con atención la producción de panfletos políticos que fueron apareciendo a raíz del recrudecimiento de la guerra de Cuba, transformada al fin en “guerra hispano-norteamericana” (DeCoster 1965: 490-503; Romero Tobar 1998). El curioso intelectual y experimentado diplomático lamentaba en la introducción del no escrito ensayo sobre Emerson que “ya sea la ignorancia de la lengua inglesa, ya porque los libros ingleses, y muy singularmente los nuevos, no se hallan con facilidad entre nosotros, es lo cierto que poco o nada sabemos ni deseamos saber (sobre los USA), pues la curiosidad se despierta cuando ya se sabe algo, de lo que pasa en el espíritu de ese pueblo con relación al conocimiento y a los goces del espíritu mismo”.

#### VALERA, TEÓRICO DE LA TRADUCCIÓN

En el amplísimo espectro de temas tratados en sus colaboraciones periodísticas o en sus ensayos de divulgación cultural, Valera no expuso de forma explícita y sistemática su concepción del arte y técnica propios de la traducción, salvo en un escrito de singular interés para el asunto que ahora nos interesa: el capítulo XIV del proyecto de libro *Meditaciones utópicas sobre la educación humana* (c. 1902),<sup>7</sup> pero tanto en cartas particulares como en prólogos y anotaciones de algunas traducciones suyas se extendió sobre el asunto con una amplitud que me permite trazar un perfil aproximado de las que fueron sus ideas sobre el arte de la traducción.

Para empezar, resulta manifiestamente claro que él no traducía como medio de ganarse la vida; su “sindineritis” crónica la resolvía de otras maneras, fundamentalmente con sus colaboraciones en las publicaciones periódicas. Lo explica en algún aserto programático

7 Se trata de un libro proyectado para la editorial Krapf de Vigo y del que, en vida del escritor, sólo se publicó el fragmento “Importancia de la mujer en el progreso y cultura del linaje humano” en la revista *Cosmopolita*; los materiales conservados fueron impresos en el vol. XLVI de las *Obras completas* (1917).

como en el párrafo inicial de la “Advertencia” a su traducción del libro de Schack: “Si este libro no me pareciese de muy amena lectura y de bastante interés para los españoles, no me hubiera puesto yo a traducirle, y a publicarle después, seguro como lo estoy, de la poca o ninguna recompensa que ha de alcanzar mi trabajo. [...] Traduzco, pues, el libro de Schack, porque la poesía y el arte de los árabes en España nos pertenecen en gran manera; deben más bien llamarse poesía y arte de los españoles mahometanos”.

La necesidad de que fuera conocida en España la producción bibliográfica extranjera que reportara algún beneficio a la cultura del país es un motivo recurrente en las reseñas de libros que firmó Valera desde sus primeras contribuciones periodísticas. Y la reclamación la formula tanto para monografías o estudios literarios como para trabajos históricos y filosóficos o para la edición castellana de monumentos clásicos sobre los que echaba de menos buenas versiones actualizadas. Lo manifiesta, por ejemplo en 1898, al valorar la traducción de la *Eneida*, tarea a que él mismo había estimulado al presbítero don Luis Herrera (Valera 1949: 979), algo que venía sosteniendo desde su reseña de la traducción del *Manfred* byroniano realizada por su pariente José Alcalá Galiano: “Pocos, muy pocos traductores de poetas extranjeros han tenido buen éxito en España. [...] Si de los poetas latinos y griegos hay tan poco bien traducido, no es de maravillar que de las modernas literaturas, haya menos y peor traducido” (Valera 1949: 272a). Patriotismo, en fin, es la justificación que ofrece para explicar por qué ha traducido él mismo trabajos de autores extranjeros que rompían lanzas a favor de las glorias españolas, ya se trate de la reseña alemana que había publicado Ferdinand Wolf sobre el libro de Malo de Molina dedicado a *Rodrigo el Campeador* (*La América*, 24.IV.1859) o del texto pro-español en el que el hispanista Fitzmaurice-Kelly tomaba cartas sobre “The Cuban Question” y que Valera publicó en la *Revista Política Ibero-Americana* (15.I.1897).

Siendo absolutamente partidario de la comunicación cultural entre gentes y, siendo también –tanto por gusto como por profesión– viajero impenitente, una de las mayores contradicciones que



encuentro en nuestro autor queda manifiesta en el capítulo “Sobre el estudio de los idiomas” al que antes he aludido. En este escrito de los primeros años del siglo XX Valera reconoce la necesidad del conocimiento de idiomas para “muchas carreras y profesiones como la diplomacia y el comercio”. Pero cuando pasa a analizar las circunstancias del aprendizaje de idiomas señala sin ningún rebozo su identificación con la clase social dominante en el momento: “Si bien los idiomas extranjeros deben aprenderse en la primera edad y ser parte de la primera enseñanza, el número de personas que conviene que los aprendan es muy corto. El aprenderlos o el haberlos aprendido presupone una primera educación esmerada, rara vez posible sino para aquellas personas que gozan de desahogada posición y de algunos bienes de fortuna”. De manera que la apropiación de la cultura moderna para la mayoría de los hablantes se podía conseguir gracias a las “traducciones, malas a veces, y hasta en el ambiente que se respira” (Valera 1947: 1427b).

En sus observaciones de lo que hoy llamaríamos “política cultural y educativa”, su pasión por el mundo clásico no le impide, sin embargo, mantener una visión muy pragmática y adecuada a las necesidades comunicativas sentidas por el grupo social al que pertenecía. Así pues, en el ámbito español, aun reconociendo sin ninguna reserva la altísima calidad literaria alcanzada en la Edad Media por las lenguas hispánicas –castellano, catalán, gallego-portugués<sup>8</sup>– es decidido partidario de la función unificadora que representó la lengua castellano en la constitución del moderno Estado liberal; recuérdense sus suspicacias en relación a las primeras celebraciones de los “jocs florals” de Barcelona de 1859 y 1860 (DeCoster 1966: 53-75). Y, en el plano internacional, postula para los *happy few* el conocimiento de las cuatro lenguas de la cultura dominante en el XIX –alemán, italiano, francés e inglés–, cuyos usuarios pertenecen a “los cuatro pueblos que con los de esta Península han estado al-

8 En sus polémicas con Manuel Murguía rechaza el planteamiento de los escritores del Rexurdimento a favor de una lengua gallega autónoma; véase el artículo de 1896 “El regionalismo filológico en Galicia” (Valera 1949: 914-916).

ternativamente o simultáneamente a la cabeza de la civilización del mundo, desde que empezó la historia moderna hasta hoy” (Valera 1949: 833-837).

Algo debía alcanzársele a nuestro escritor de la situación profesional y trato económico que recibían los traductores y autores de obras de encargo. Desde sus años jóvenes estuvo muy cerca de diversas empresas periodísticas y editoriales y, además, mantuvo estrecha relación con alguno de estos forzados de la pluma como el italiano Salvatore Costanzo, de cuyo *Manual de Literatura Latina* escribió una elogiosa reseña en 1862 en la que entre otras consideraciones apuntaba que “no se puede encubrir que esta corta remuneración que obtienen en nuestro país los trabajos literarios, corta remuneración de que el público llega a tener noticia por mucho que procure ocultarse, redundando en inevitable descrédito de los autores” (DeCoster 1965: 315). En otra reseña, dedicada precisamente a las traducciones del *Anfitrión* y la *Andriana* efectuadas por Salvatore Costanzo, formulaba nuestro autor un juicio general sobre las características básicas de una traducción: “No aseguraré yo que las traducciones del señor Costanzo sean de una elegancia admirable; pero sí aseguraré que son fieles, correctas y claras, vertiendo con exactitud el pensamiento y no las palabras del autor, como hacen no pocos traductores que por presumir de exactos degeneran en confusos” (Valera 1947: 140a).

Lo que Valera entendiera por traducción exacta está mínimamente explicado en sus comentarios a la versión de Shakespeare hecha por Jaime Clark y editada por Medina y Navarro en 1873: “El traductor, escrupulosamente fiel, lo traduce todo con exactitud pasmosa. Nos hace un inmenso servicio. No nos da un arreglo de Shakespeare, suprimiendo y poniendo a su antojo. Nos da a Shakespeare tal cual es; con sus defectos y sus bellezas, con sus aciertos y sus extravíos, con sus bajezas y sus sublimidades” (Valera 1947: 371-375).

En cuanto al modo de traducir ofrece abundantes consideraciones. Si le parece exigencia indeclinable la fidelidad al contenido fondo del texto traducido no menos imprescriptible le parece el

ajuste y equivalencia entre el texto original y su nueva versión. Muchos pasajes de sus escritos podrían aducirse a este propósito pero traigo a cuento la conclusión de su prólogo a la traducción del *Fausto* que había hecho el señor Guillermo English en 1878 (y en la que se habían incorporado varios fragmentos del poema vertidos por él mismo): “En una traducción, por fiel que sea, se pierden las dos terceras partes de las bellezas que estriban y se sostienen en la energía y tersura de la expresión del original. Contentémonos, pues, con que en nuestra fiel traducción persista toda aquella belleza íntima que reside en el fondo y no en la forma, y que el lector atento sabe hallar y gustar, aunque la limpia y espléndida estructura, el metro resonante y el hechizo de la rima hayan desaparecido” (Valera 1947: 553b). Vetusta distinción esta de *fondo* y *forma* en la que suele insistir el novelista andaluz y que, referida una vez más al terreno de la traducción, explica en la reseña a una colección de poesías *Orientales* en la que concluye invitando al traductor para se aplique a la versión de poemas de escritores arábigohispanos:

Sería de desear, si esto hiciese, que al lado de su traducción en verso nos diera otra traducción literal en prosa, como hizo el señor Castillo y Ayensa con Safo, Tirteo y Anacreonte. Y así comprenderíamos mejor, los que no sabemos la lengua árabe, la manera de la expresión, los giros y las frases del poeta que el señor Ricard traduzca, lo cual es de la mayor importancia para poder juzgar sobre una poesía extranjera. En la traducción en verso puede haber bellezas que sean del traductor, y asimismo no pocos defectos de prosaísmo y ripios, o palabras inútiles que al autor no deben atribuirse. (Valera 1947: 226a)

Licencias de estas características se había tomado él mismo en las traducciones al castellano que había efectuado de algunos textos poéticos. El caso más conocido es el de su versión de la elegía sobre la pérdida de Córdoba, Sevilla y Granada del rondeño Abul-Beka, versión sobre la que ya dilucidó Menéndez Pelayo con exacta precisión que Valera, al pasar el texto desde el alemán de Von Schack a su propio estilo había empleado “coplas de pie quebrado, semejantes a las de Jorge Manrique, lo cual, unido a ciertos solemnes giros

oratorios acerca de la inestabilidad de las grandezas humanas, parece darle un remoto aire de analogía con los inolvidables versos de aquel ingenio castellano a la muerte de su padre. Pero si se lee traducida literalmente en prosa esta elegía, la semejanza no resulta tan clara ni con mucho” (Valera 1947: 1366). Ciertamente la habilidad en el uso del nuevo odre valeriano podía inducir a error si, como algunos lectores apresurados, sólo fiamos nuestro juicio en la impresión “estilística”:

Cuanto sube hasta la cima,  
desciende pronto abatido  
al profundo;  
¡ay de aquel que en algo estima  
el bien caduco y mentido  
de este mundo!

En todo terreno ser  
sólo permanece y dura  
el mudar;  
lo que hoy es dicha o placer  
será mañana amargura  
y pesar.

Los beneficiosos efectos culturales para los españoles y la satisfacción del gusto artístico subjetivo son las dos razones que explican las versiones de textos escritos en lenguas que Valera ignoraba y para las que empleaba como cauce lingüístico intermediario –contra la tendencia generalizada al empleo del francés para estos menesteres– las lenguas alemana e inglesa. El alemán debió de ser el soporte lingüístico que empleó para la inspiración de los poemas “Usinar” y “Santa” (episodios ambos del *Mahabarata*) y el inglés pudo ser el punto de referencia para los fragmentos de los *Vedas* que incluye en *Morsamor* así como lo fue, sin duda, para los dos bellos cuentecitos japoneses “El espejo de Matsuyama” y “El pescadorcito Uras-hima”.<sup>9</sup>

9 Textos publicados por primera vez en *La Época* (14 y 21.II.1898).

## QUÉ TEXTOS TRADUJO Y CÓMO TRADUJO VALERA

Habiendo evocado los estímulos que impulsaron a Valera para dedicarse a emplear sus conocimientos idiomáticos en el traslado de textos no españoles, podemos trazar un balance que agrupe todos sus trabajos de traducción en función de los motivos que le movieron a realizarlos. Esta síntesis de la obra traductora de nuestro autor establecería por una parte los textos que él consideró de pública utilidad para el aumento del saber o la moral de los españoles contemporáneos y, por otra parte, los textos que le suscitaban un placer estético personal y sobre los que proyectaba idéntico entusiasmo al que vertía en la palabra libre de sus propios versos o en la escritura desatada de sus ficciones narrativas.

La poesía –entendida en su sentido más amplio– fue para él un grado supremo de excelencia humana y en ese ejercicio cifraba las mejores acciones en las que podía desarrollar su plenitud personal. Lo confesaba en una carta-prólogo en la que no cabe sospechar antifrasis fingimientos; se trata de la nota previa que, a petición de su amigo Menéndez Pelayo, escribió para la colección de sus *Canciones, romances y poemas*, una carta que fecha en Washington pocos días después de haber recibido la noticia de la muerte repentina de Carlos, su hijo mayor: “Y como no dejaré bienes de fortuna que hereden mis hijos vivos aún, es de gravedad para mí arreglar y ordenar el único caudalillo que he allegado, [...] a fin de que, si el amor propio no me engaña, vierta algo de brillo simpático sobre mis hijos este mérito mío y predisponga el corazón de las gentes con respeto y cariño para ellos; y a fin también de que lo menos malo de mi ser, lo más delicado y puro de mi espíritu permanezca en esta Tierra cuando yo pase y ellos me conozcan, me amen y me estimen” (Valera 1947: 1353).

La traducción que obedece a motivos patrióticos, además de los dos breves ensayos de Wolf y Fitzmaurice-Kelly que he recordado, es la de la obra de Von Schack que tituló *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, cuyos tres volúmenes se fueron publicando los años 1867, 1868 y 1871 para ser reeditados varias veces en vida de Valera

y posteriormente (cito por la edición reciente de 1988). La historia interna de las alegrías y las fatigas que le supuso este trabajo está muy bien documentada en la correspondencia particular, singularmente en las cartas que envía a los amigos más eruditos: Cueto, Campillo, Laverde. De lo que comunica en sus misivas resulta muy claro que él había decidido la traducción motu proprio y que no había mediado ninguna persona o institución en la elección de su plan de trabajo, prueba de lo cual era el hecho de que ya había adelantado en *El Eco del País* (9 y 10.I.1866) un resumen de los dos primeros capítulos del libro alemán (DeCoster 1966: 165-181). En una carta a Laverde (de 23.IV.1868) le da noticia de cómo ha conocido en Madrid al escritor alemán, cuando ya había sido publicado el tomo primero de su traducción: “Schack ha estado aquí, de paso para Sevilla y Granada, y, aunque no nos tratábamos ni nos conocíamos personalmente, ha venido a verme, me ha hecho una larga visita y se ha mostrado muy contento y satisfecho de lo que va de la traducción” (Valera 2002: 345).

Disiente Valera del criticismo poco halagüeño de Von Schack respecto a los estudiosos españoles: “Ni hay tan entusiasta como él de los árabes, ni denigrador, como él, de los arabistas españoles”. En la traducción discute muchas afirmaciones históricas del autor germano en extensas notas a pie de página y traslada del alemán muchos de los poemas que Schack había vertido del árabe con el peculiar sentido de la apropiación literaria con el que tantas veces justifica la libre versión de la poesía lírica: “La forma entra por mucho en toda poesía lírica de cualquier literatura, y que la más celebrada entre las mejores, traducida palabra por palabra a lengua muy diversa, tal vez dejaría fríos a los lectores más indulgentes y apasionados” (Von Schack 1988: 414 nota). Al conde Von Schack no debieron de parecerle admisibles los poco rigurosos medios empleados por su traductor español, ya que le reprochó singularmente el énfasis “nacionalista” que había puesto Valera en las anotaciones *pro domo hispanica* de su trabajo histórico, según puso de manifiesto en una cortés reseña de la traducción española (Von Schack 1894).

Valera debió sentirse satisfecho de muchos de sus arreglos personales en las versiones de los poemas árabes a través del alemán, puesto que envió copias a corresponsales (Valera 2003, 2004, 2005) y, lo que es más importante para nuestro interés actual, practicó la técnica de la adaptación del texto original, como paladinamente confiesa al traducir un poema del príncipe Rafi-al-Dawla: “Si yo tradujese directamente del árabe y con una exactitud y una fidelidad escrupulosas, como suele traducirse un clásico griego o latino, no me permitiría hacer ciertos cambios; pero no siendo mi traducción, ni directa ni de una escrupulosidad grande, me he atrevido a convertir al copero de esta composición en una muchacha” (Von Schack 1988: 110). Y a pesar de lo que aquí dice también se permitió transformismos sexuales en su traducción de mayor alcance de un texto antiguo, en el *Dafnis y Cloe* de Longo.

De lejos le venía al “aprendiz de helenista” su familiaridad con el idilio de Longo. Ya en una carta de Rusia (1857) alude al estado catatónico en que había quedado después de un “jeu d’amour” intentado en la cámara de Magdalena Brohan: “como muerto me quedé más de una hora, y ella también *pamée*, y uniendo boca con boca, como palomicas mansas. *Dafnis y Cloe*, antes de saber el último fin del amor, no se abrazaron nunca tan prolongada y amorosamente” (Valera 2002: 480). En *Pepita Jiménez* volverían a ser aludidos estos héroes epónimos de erotismo inocente y, desde luego, como citas de paso en varios lugares de sus críticas literarias. A partir de octubre de 1879 menudea en su comunicación epistolar la información sobre el proceso que iba viviendo la traducción en la que se había embarcado (Valera 2003: *passim*). Al fin, apareció el volumen en 1880; la obra tuvo tres ediciones más en vida de Valera, cuyo nombre de traductor sólo aparece en la portada de la impresión de Fernando Fe de 1900.

La “Introducción” y las notas que acompañan a la primera edición de 1880 son textos preciosos para situar en su justo lugar las ideas de nuestro autor sobre la práctica de la traducción, para la que, en este caso, se sirvió de las versiones y comentarios de los helenistas que le habían precedido, singularmente de Amyot y Courier.

La media docena de versiones catalanas y castellanas de la novelita que han aparecido en los siglos XX y XXI han subrayado las libertades que se tomó nuestro autor al tiempo que han reconocido la elegancia de prosa que supone su versión.

Valera, en las anotaciones explica diversas alusiones del idilio y justifica algunos pasajes de su traducción, que planeaba ceñida al original griego. El propósito, como es sabido, no se cumplió, ya que en el cuarto libro se permitió “algo parecido a un arreglo” al transformar a Cloe en objeto del deseo sexual de Gnatón cuando en el texto griego lo era el protagonista masculino. Las pleguerías que emplea Valera para justificar ese metamorfosis del episodio homosexual van explicitadas en la “Introducción”, donde reitera su concepción armónica del amor como natural fusión de cuerpo y espíritu, contra la pudibunda visión oficialmente vigente en su tiempo.

No carece de humor la analogía que establece entre la novelita griega y otros relatos contemporáneos cuando escribe, por ejemplo, que “no sería menos injusto tildar de poco decentes algunas escenas de *Dafnis y Cloe*, como tildar de poco decentes el Apolo de Belvedere y la Venus de Milo. Toda la culpa, si la hay, no está en el desnudo. Vestidas, y bien vestidas, están *Fanny*, *Madame Bovary*, *La mujer de fuego*, *La dama de las camelias* y otras mil heroínas del día y son harto menos honestas que Cloe” (Valera 1947: 838). A tales argucias argumentales replicó con humor brutal el novelista López Bago en *El cura* (1885) al insertar párrafos de la traducción de Valera como sustitutivo literario de una celebración matrimonial que presagia más excitantes situaciones posteriores (López Bago 1885: 213-214).

Novela o idilio son matrices genéricas convenientes para la caracterización de la obra de Longo, es decir, para la poesía en prosa en último término. En cualquier caso, la lírica fue el género literario que más atrajo a Valera para el libre ejercicio de su disfrute personal como traductor. En las distintas ediciones de sus libros poéticos —*Ensayos poéticos* (1844), *Poesías* (1858), *Canciones, romances y poemas* (1886)— incluyó, además de los imprescindibles homenajes



a textos clásicos y modernos que le habían servido de inspiración – Virgilio, Petrarca, Garcilaso, fray Luis, Góngora, Lamartine, Goethe–, textos poéticos traducidos de poetas modernos traducidos de otros idiomas. Este aspecto tiene un interés sustantivo y aquí me limitaré a presentarlo en la confianza de que otros estudiosos ahondarán en las cuestiones aquí saludadas.

### LAS VERSIONES DE POESÍA

Teniendo en cuenta las lenguas que Valera leía con soltura y sus gustos literarios podemos explicarnos claramente cuál era el canon de los poetas y las tendencias líricas que le atraían. Pese a su distanciamiento crítico respecto a la literatura francesa del XIX no faltan poemas de Victor Hugo y François Coppée. De su admirada literatura lusa sólo un poema de Almeida Garrett además de una versión en prosa de una abominable oda a Calderón de Francisco Gomes de Amorin. Sobre la moderna poesía italiana son muy sugestivas las observaciones que formula a Estelrich a propósito de la *Antología* que preparaba el humanista (Valera 2005). De la lírica romántica inglesa traduce fragmentos de Byron y poemas de Thomas Moore, si bien su permanencia en los Estados Unidos le permitió conocer y traducir textos de Russel Lowell, John Greenleaf Whittier y Wetmore Story. En carta a su mujer de 17.XI.1885, por ejemplo, escribía:

Quisiera yo desplegar cierta actividad y traducir 50 ó 60 composiciones de poetas yankees, y reunirlos y publicarlos en un tomo, en Nueva York o en Boston, con el título de *Ecos de América*, precedido el libro de una introducción donde discutiría sobre la índole, condiciones y fisonomía del genio y carácter de la civilización de este pueblo. Creo que sería libro curioso y agradable y que se vendería. Allá veremos”. (Valera 2005: 390)

Pero son las tradiciones líricas germana y greco-latina –antigua y moderna– las que más intensamente suscitaban su interés: Goethe, Uhland, Heine, Geibel, Fastenrath entre los primeros y el príncipe

Ipsilanti o el *Pervigilium Veneris* entre las segundas. Un amplísimo territorio para un estudio fascinante sobre técnica de traducción de textos literarios.

El propio Valera dejaba constancia del tipo de trabajo que se había propuesto en cada ocasión, bien en la organización de sus libros poéticos, bien en los subtítulos designativos que acompañan a la traducción: “paráfrasis” y “traducciones” son las denominaciones que suele utilizar aunque no son infrecuentes los marbetes de “estudio” o “imitación”. Esta variedad designativa la explicaba en una carta a Menéndez Pelayo: “He traducido, o más bien adaptado a nuestro idioma, mucho de literaturas extrañas, ya parafraseando, ya compendiando y extractando” (7.VII.1885).

Como quiera que ello fuese, los planes de traducciones le ocuparon a lo largo de su vida. Al reseñar la traducción del *Manfred* byroniano que había efectuado su pariente Alcalá Galiano (1861) evocaba la impresión juvenil que el drama inglés le había producido hasta el punto de que inició –dice– una traducción en verso de la que nos ha llegado en un fragmento que amplifica el monólogo ante la ventana del personaje byroniano en la escena II del acto III (Valera 1947: 1467-1468).

He recordado antes la distinción que Valera fija entre traducción en prosa y traducción en verso; una distinción que repite en varias ocasiones porque le interesaba mucho subrayar el papel del traductor poético a la hora de establecer la adaptación de los ritmos métricos y versificatorios y el acomodo de las imágenes originales a la nueva lengua, aspectos sobre los que hacer reposar el insuficiente caudal de buenas traducciones poéticas que, según él, se habían hecho en español, a diferencia de lo que la lengua poética alemana e inglesa servían a los traductores del hexámetro. Valga como testimonio sintético este párrafo de la introducción a *Dafnis y Cloe*:

Homero y Virgilio se despegarían puestos en seguidillas o en romances, y puestos en octavas reales o en décimas, no sólo se despegan también sino que es imposible que el más hábil versificador, forzado por el consonante, no ponga mucho de su cosecha y, además, abundantes rípios en la traducción. La versificación clásica antigua, sobre todo los hexámetros, han pasado

con fortuna a varias lenguas modernas. En inglés y en alemán se escriben y se leen con gusto los hexámetros. En castellano casi nadie los ha escrito, y nadie los resiste. Y el verso endecasílabo libre que, a mi ver es muy a propósito para este género de traducciones y aun para escribir narraciones poéticas originales, inspira en España verdadera aborrecimiento. (Valera 1947: 836b)

En fin, traducir a los griegos y latinos era el gran proyecto intelectual de don Juan Valera. Una vez situado el joven Menéndez Pelayo en la cátedra madrileña, don Juan planeó con él todo un programa de versiones helénicas del que la correspondencia da una información amplísima y emocionante. “Usted y yo somos clasico-tes hasta los tuétanos” sostiene el viejo patrón ante el joven humanista para marcar las complicidades en materia de Humanidades clásicas. El santanderino avanzaría en el proyecto del que el polígloto andaluz fue empresario inicial: “Los clásicos –poetas sobre todo– aún no están traducidos en castellano. Traduzcamos, pues, uno. Por mal que lo hagamos –y perdone Vd. la inmodestia de mi parte–, haremos algo que ni siquiera se soñó jamás en España” (carta de Valera a Menéndez Pelayo del 8.VII.1878, en Valera 2004: 98). Escasas traducciones valerianas del griego y del latín nos han llegado, pero con el recuerdo de algunas quiero terminar este trabajo.

De la poesía griega tradujo tres poemas de la literatura neohelénica moderna –dos textos anónimos y uno del príncipe Ipsilanti, cuyas peculiaridades originales y avatares de las respectivas versiones han sido magistralmente explicados por V. Jatsigueorguiú-Jasiotis (1976; trad. española, 2000). Según esta helenista, Valera pudo conocer los tres poemas bien a partir de antologías de poesía griega moderna bien en transmisión oral de sus amigos napolitanos o a través de versiones de poetas europeos, como puede ser el caso del poema “El huerto de las rosas”, suscitado posiblemente desde el fragmento de Byron en el *Childe Harold's Pilgrimage*. Las ampliificaciones que se permite en la traducción del otro poema anónimo – “El amante hechizado”– podrían proceder, supongo yo, de leyendas que el propio Valera pudo oír en San Petersburgo contaminadas con la tradición folclórica hispana de las barquillas de amor. Me

refiero a este fragmento del poema, fragmento inexistente en el original griego:

¿Cómo en mi barquilla  
podré yo partir,  
si la mar se hiela  
en torno de mí?  
Renové el encanto  
Cuando quise huir  
Y de niebla oscura  
Cercado me vi.

El buen conocedor de los clásicos latinos hace patente su familiaridad con la gran literatura de la Edad de Oro y de las otras épocas. No insistiré en la dimensión de consumado latinista que ofrece Valera en toda su obra de crítica y de creación. Fatigaría aún más al lector con datos y referencias textuales ya conocidos. Pero no concluiré sin evocar la cuidada traducción del *Pervigilium Veneris*, texto latino del siglo II que nuestro escritor publicó en la *Crónica de Ambos Mundos* (26.VIII.1860), al que se refirió en otras ocasiones y cuyo ejercicio de *amplificatio* glosó brillantemente Manuel Alvar (1984a y 1984b).

La entusiasta expansión que ofrece la versión de Valera (93 septenarios trocaicos son traducidos en silvas de 163 heptasílabos y endecasílabos) convenía al entusiasmo optimista en el que gozosamente vivió sumergido en algunas etapas de su vida y en el que voluntariosamente se esforzó siempre en mantener. El momento capital de *Pepita Jiménez*, como he mostrado en otra ocasión, está penetrado de este espíritu y se escribe desde el diálogo intertextual con su traducción del poema latino. Recordemos en esta novela cuando Luis de Vargas va a encaminarse a casa de Pepita; el éter y el rocío que, en el *Pervigilium* palpitan en una noche del “*ver novum*”, corresponden literalmente a las señales del paisaje en el texto de la novela española: “El aire era tan diáfano y tan sutil que se veían millares y millares de estrellas fulgurando en el éter sin términos...”. Todo en la naturaleza es exaltación de encuentros amoroso

—el cielo, los ruiseñores, los grillos— igual que ocurre con los seres que rodean al amante del poema latino, una figura que palpita ardorosa, pendiente del encuentro que le espera del mismo modo que don Luis de Vargas tiembla con un escalofrío venusino (Romero Tobar 1994: 66-68).

\*\*\*

Las traducciones poéticas reportaban a nuestro autor numerosos beneficios, pues no sólo se divertía y ejercitaba en sus competencias idiomáticas sino que le servían para almacenar materiales útiles para otros tejidos literarios. Y, además, en casos determinados, eran alivio para la memoria dolorida y consuelo estimulante para el futuro. Él mismo lo había señalado en una profunda aflicción personal al referirse al sentido último de sus composiciones poéticas en el prólogo de 1886 y lo subrayaba de nuevo, en los días del “Desastre” del 98, al recomendar la traducción de la *Eneida* como un excelente sustituto de la literatura terapéutica que había promovido el movimiento “regeneracionista”, ya que recomendaba a los lectores de la traducción del poema virgiliano que “pasen a deleitarse con la lectura del poema, buscando consuelo a nuestros infortunios en los infortunios de Ilión, y concibiendo igualmente, con el ejemplo del hijo de Anquises, sublimes esperanzas en el porvenir de nuestra nación y de nuestra raza y en sus destinos inmortales, que no pueden menos de resurgir, con el favor del Cielo, de la postración en que han caído” (Valera 1947: 983b).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, Manuel. 1984a. “Pervigilium Veneris” *Boletín de la Real Academia Española* LXIV, 59-69.
- ALVAR, Manuel. 1984b. “El *Pervigilium Veneris* traducido por don Juan Valera”, *Anales de la Universidad de Chile. Homenaje a Rodolfo Oroz*, quinta serie, n° 5, agosto, 71-77.

- DECOSTER, Cyrus. 1965. *Obras desconocidas de Juan Valera*, Madrid, Castalia.
- DECOSTER, Cyrus. 1966. *Juan Valera. Artículos de "El Contemporáneo"*, Madrid, Castalia.
- INFANTES, Víctor, François LOPEZ & Jean-François BOTREL (ed.). 2003. *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- JATSIGUEORGUIU-JASIoTIS, Victoria. 2000. "Juan Valera, traductor de poesías neogriegas" (trad. de J. Simón Palmer), *Erytheia. Revista de Estudios Bizantinos y Neogriegos XXI*, 225-244.
- JURETSCHKE, Hans. 2001. "Juan Valera o los descubrimientos de un diplomático historiador" in *Obras completas*. Edición de Miguel Ángel Vega, Madrid, Editorial Complutense, II, 637-652.
- LÓPEZ BAGO, Eduardo. 1885. *El cura*, Madrid.
- ROMERO TOBAR, Leonardo. 1994. "Introducción" a Juan Valera, *Pepita Jiménez*, Madrid, Cátedra.
- ROMERO TOBAR, Leonardo. 1998. "Valera ante el 98 y el fin de siglo" in L. Romero Tobar (ed.), *El camino hacia el 98*, Madrid, Visor, 91-110.
- TORRES, David. 1984. *Los prólogos de Clarín*, Madrid, Playor.
- VALERA, Juan. 1947-1949. *Obras completas*. Edición de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 3 vols.
- VALERA, Juan. 2002-2005. *Correspondencia*. Edición de Leonardo Romero, Ángeles Ezama y Enrique Serrano, Madrid, Castalia, 4 vols. (en curso de publicación).
- VON SCHACK, Adolf Friedrich. 1894. "Graf Juan Valera", *Zeitschrift für vergleichende Literaturgeschichte VII*, 121-128.
- VON SCHACK, Adolf Friedrich. 1988. *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Traducción de Juan Valera, Madrid, Hipérior.